

á una gran diversidad de séres, ya en los reinos inorgánicos, ya en los reinos orgánicos ;

II. — Los séres animados fueron constituidos desde el principio con arreglo á formas y á un organismo en correlacion con el estado fisiológico de cada una de las esferas habitadas ;

III. — Los hombres de los otros mundos se diferencian de nosotros tanto en su organizacion íntima como en su tipo físico exterior.

II

INFERIORIDAD DE LOS HABITANTES DE LA TIERRA.

La Pluralidad de Mundos es una doctrina justa en el órden moral, y necesaria en el órden filosófico. — La idea de Dios y el estado de la Tierra. — Optimismo y pesimismo. — La Tierra es un mundo inferior; no puede ser única. — Gerarquía armónica de los Mundos. — Estado incompleto é inferior del nuestro. — Materialidad de nuestro organismo; su influencia. — Habitación de la Tierra reducida á su valor positivo. — Cuestiones fundamentales de lo Bello, de lo Verdadero y de lo Bueno; sus caracteres absolutos. — Principios universales, aplicables á todos los Mundos. — Axiomas de la metafísica y de la moral. — Los principios absolutos y universales constituyen la unidad moral del mundo y entazan todas las inteligencias con la inteligencia suprema.

Los estudios que acabamos de recorrer en el capítulo anterior, han tenido por objeto la naturaleza corporal y el estado de los habitantes de los otros mundos; ellos han hecho pasar sucesivamente bajo nuestra vista, las opiniones mas ó ménos fundadas que se han emitido sobre el género de habitacion de los planetas; han demostrado que todos los sistemas presentados para la colonizacion de los astros no tienen nada de sólido, y que todas las teorías que se pudieran imaginar no descansarían aun sino sobre suposiciones arbitrarias. El examen comparativo de la habitacion de los mundos ha establecido que una gran diversidad de naturaleza reina entre los hombres de los planetas. Volvamos á entrar ahora en el dominio de la filosofía, y prosigamos nuestros estudios por el lado de la ontología: reconoceremos que la diversidad que reina en el universo físico, desde los hombres de los mundos inferiores hasta los séres mas elevados entre

los habitantes de las esferas superiores, hallará una diversidad correlativa en el valor intelectual y en la elevación moral de las razas humanas; y si el conocimiento de esta verdad no resulta tan simplemente como nuestras conclusiones anteriores del estudio demostrativo del universo exterior, resultará sin embargo verdades de conciencia tan reales y tan positivas como las precedentes.

La pluralidad de mundos es una doctrina verdadera, pues los génius ilustres de todas las edades, y, mas aun, las grandes voces de la Naturaleza la han enseñado y proclamado. Es una doctrina admirable, porque el soplo de vida que esparce sobre el universo transforma su aparente soledad y puebla los espacios con los esplendores de la existencia. Ahora vamos á saber que es una doctrina *justa* en el órden moral, y *necesaria* en el órden filosófico; porque con su antorcha se disiparán las tinieblas que envuelven aun nuestra vida en el tiempo y mas allá del tiempo, y los misterios de nuestro destino se harán ménos impenetrables.

Abramos la discusion sin preámbulo y sin envolver la imaginacion del lector en la miel de las precauciones oratorias.

El argumento que habremos de presentar y discutir aquí, se resume en esta comparacion: *El estado de la humanidad terrestre colocado frente á frente ante la idea de Dios.* ¿Qué es el mundo terrestre y qué es Dios? Tal es la cuestión, difícil sin duda, pero necesaria, y cuya solución es de una importancia capital. Aquí hay dos términos que, por ser uno contra otro incomparables, no deben dejar de presentarse frente á frente; son dos grandes interrogaciones que nunca satisfarán sofismas ni respuestas evasivas, y que exigen una conciliación rigurosa; son, en fin, dos entidades reales é irrecusables, la una

finita, y la otra infinita, que existen simultáneamente y que por consiguiente deben mutuamente satisfacerse.

No volveremos á entrar aquí en discusiones metafísicas sobre la existencia de Dios; no repetiremos investigaciones sin resultado, ni volveremos á preguntarnos si la eliminación de Dios sería un método útil para nuestros estudios. Ya no es esta la cuestión; hemos sentado en principio esta existencia suprema; la tenemos por indiscutible, y lógicamente debemos considerarla en adelante como uno de los puntos absolutos y necesarios colocados en la base misma de nuestra tesis.

Veamos ahora la proposición que hay que resolver. Por un lado el estado del mundo terrestre es incompleto; su raza está llena de limitaciones, de debilidades, de miserias, el hombre es un ser inferior, pues á sus instintos groseros junta pasiones cuya tendencia manifiesta le arrastra hácia el Mal. Por otro lado, el solo conocimiento de la naturaleza de Dios implica lo completo, lo perfecto lo bello, lo Bueno. — Ved ahí dos términos contrarios frente á frente. El análisis del estado del mundo terrestre nos hace pesimistas, mientras que la contemplación de la persona divina nos hace optimistas. Se trata de acordar esta disonancia de la Tierra con la armonía necesariamente perfecta de su obra divina.

Todo hombre es pesimista ante el estado del mundo. El lobo devora eternamente al tímido cordero; la fuerza brutal prevalece sobre la debilidad oprimida; las pasiones ambiciosas dominan á los unos, la perversidad envenena á los otros. Los hombres virtuosos son contados, como en tiempo de Bruto. Cuando nuestros pensamientos se elevan al conocimiento del Sér supremo, descubren en ese tipo desconocido el esplendor de la verdad, la revelación del poder, la sanción de la justicia, y un inefable sentimiento de ternura que se desprende de lo alto como una irradiación del Padre universal; y esta

difusion del Sol eterno habla á nuestras almas, enseñándonos que la obra divina es bella en su conjunto y perfecta en su fin.

Estas dos ideas, ó mejor dicho, estos dos hechos, — la imperfeccion del mundo terrestre y la perfeccion de Dios, — se han combatido mutuamente desde los orígenes de la filosofía. Desde Kalí y Arimanes hasta Satanás, esta oposicion ha dado lugar á sistemas explicativos de todos géneros. Unas veces dominó la idea de la perfeccion de Dios á la de la imperfeccion del hombre, y tapó los ojos á sus partidarios, que disimularon el estado real de la humanidad sobre la Tierra; otras dominó la segunda á la primera y arrastró sus partidarios no solamente á falsas ideas sobre la naturaleza de la Divinidad, sino tambien á la negacion del Sér supremo ¹. Esta oposicion manifiesta que nadie ha pensado jamás poner en duda, trataron de explicarla á su vez las filosofías y las religiones; sucesivamente sábias escuelas, sectas estu-

1. Para no citar mas que un ejemplo entre mil en el gran número de obras que se apoyaron sobre el estado imperfecto del mundo para negar la existencia de Dios, mencionaremos un libro que ha causado y causa todavia mucho mal: *Le Bon Sens, ou le Testament du curé Meslier* (obra atribuida á Voltaire y que lo merece). Véase un extracto del capítulo escrito á propósito de nuestro asunto: « Desde la creacion del hombre, bajo diversas formas, las naciones han sufrido sin cesar vicisitudes y calamidades aflictivas; la historia nos muestra á la especie humana stormentada y desolada en todos tiempos por tiranos, guerras, hambres, inundaciones, epidemias, etc. ¿ Son propias tan largas pruebas para inspirarnos una gran confianza en las miras ocultas de la Divinidad? ¿ nos dan de ella una alta idea tantos y tan constantes males? Desde hace mas de dos mil años, los espíritus rectos esperan una solucion racional de estas dificultades, y nuestros doctores nos dicen que solo serán resueltas en la vida futura! » La negacion de Dios es el abismo en que han caido la mayor parte de los que han creído poderlo juzgar por el estado del mundo terrestre*.

* Despues de consignada la nota anterior del texto, el lector nos permitirá manifestemos nuestra extrañeza respecto á que diga Flammarion que *Le Bon Sens*, merece ser atribuido á Voltaire. *Le bon Sens*, obra puramente atea, no puede atribuirse á Voltaire que era declaradamente deísta como lo demuestran sus obras, y el haber dicho terminantemente que *si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer*. Si no existiese Dios seria preciso inventarlo. *Le Bon Sens* es obra atribuida por muchos escritores á un M. d'Argént. De ella se han hecho en España varias traducciones, ya con el título de *La Sensatez*, ya con el de *El Buen Sentido*; libro que es preciso leer con mucha prevencion por lo seductor de su lenguaje y de sus ratiocinios.

(N. del T.)

diosas, pensadores profundos ahondaron friamente el abismo, aplicándose por medio de un severo análisis á darse cuenta de la paradoja; pero los hombres pasaron con sus creencias ó sus teorías, las obras mas atrevidas del pensamiento humano se borrarón en el curso progresivo de los siglos, y la insuperable dificultad quedó, punto de interrogacion que ninguna mano ha podido borrar del gran libro de la creacion.

Si hemos presentado aquí esta cuestion tan misteriosa, no es con la ilusoria pretension de dar la solucion tan deseada, que el mundo busca en vano desde hace siglos. Por muy ferviente que sea nuestro deseo, la modestia nos sienta mejor y nos es mas necesaria aquí que en cualquiera otra parte; ella es el único derecho y el primer deber del débil. Pero queremos formular resueltamente esta cuestion; queremos mostrar que ese estado, cuya explicacion se reclama, está probado y confirmado en nombre de la conciencia universal; queremos recordar que las filosofías y las religiones se han convenido en reconocerle, y que desde el *Fedon* de Platon hasta nuestros dias, las tribus reunidas de la humanidad toda entera han adorado á un mismo tiempo la perfeccion divina y comprendido la inferioridad de nuestra gran familia. Hecho esto queremos ver enseguida si no se podría conocer la razon de este estado de cosas preguntándosela á la misma Naturaleza, á esa naturaleza inmensa que, en los campos del espacio, ordenó « el ejército de los cielos » con la misma mano que sacó en otro tiempo la Tierra del seno del abismo para transformarla en un cuerno de abundancia.

Interroguemos pues á la Naturaleza misma.

La Naturaleza nos enseña que todo lo ha construido siguiendo leyes seriales; que su obra no es un plan de creaciones eternas ó salidas de la nada en un mismo instante y en el mismo estado de perfeccion; sino que es

una sucesion de séres mas ó ménos adelantados, segun su edad y segun su papel; nos enseña que la Armonía no está constituida por cierta cantidad de notas unísonas, sino por sonidos con intervalos desiguales, tomados de la série de escalas ascendentes, y que los Números, esas sucesiones divinas de la antigua Cosmogonía, han sido aplicados con profusion por el supremo Aritmético; ella nos muestra en el conjunto de los séres vivientes una gradacion insensible desde lo mas bajo hasta lo mas alto de la escala, y su mérito está tan incontestablemente reconocido, que uno de los axiomas mas invulnerables de historia natural es el que expresa esta gran ley de las transiciones: *Natura non facit saltum*; ella nos asegura, en fin, que la grandeza y la hermosura del sistema general resulta de que el Orden no ha sido nunca turbado por un azar con caprichos irregulares, que este órden reina en los desarrollos sucesivos de las cosas, y que domina la Série universal de los séres.

Ante esta enseñanza unánime, ¿no será permitido coger el hilo de induccion, y proceder, con una mesura sabia y modesta, de lo conocido á lo desconocido? ¿No será permitido interpretar esta palabra tan elocuente de la Naturaleza y tomar de ella los elementos de solucion que encierra?

Coloquémonos, pues, enfrente de la universalidad de los mundos. ¿Quién nos dice que esos mundos y sus razas no forman en su conjunto una Série, una Unidad gerárquica desde los mundos en que la suma de las condiciones felices de habitabilidad es la mas pequeña hasta aquellos en donde la naturaleza entera brilla en el apogeo de su esplendor y de su gloria? ¿Quién nos dice que la gran Humanidad colectiva no está formada por una série no interrumpida de humanidades individuales, sentadas en todos los grados de la escala de la perfeccion? — Bajo el punto de vista de la ciencia, esta es una deducccion que se des-

prende naturalmente del espectáculo del mundo; bajo el punto de vista de la razon, no se podria negar que este modo de considerar el sistema general del universo no sea preferible al que se conformase con ver en la creacion una aglomeracion confusa de globos poblados de séres diversos, sin armonía, sin unidad y sin grandeza.

Digamos mas. El que vea un caos en la obra divina ó en una parte cualquiera de esa obra, se acerca á la negacion de la Inteligencia ordenatriz; mientras que el que vé una unidad en las creaciones del Cielo, así como reconoce una en las creaciones de la Tierra, aquel comprende la naturaleza, expresion de la Voluntad divina. En verdad que, si, cerrando los ojos sobre el estado del mundo, se quiere sostener que la creacion no es una; si se permite pensar que los individuos no pertenecen á géneros, estos géneros á especies, estas especies á órdenes y así progresivamente á un órden general; si se piensa por el contrario y á pesar de todo, que los séres son entidades aisladas y que no hay ley universal; la lógica arrastra inevitablemente á admitir como consecuencia: Que todas las ideas de órden, de plan, de unidad, solo existen en nosotros; que la ciencia humana, en lugar de aplicarse á la interpretacion de la realidad, no es mas que una ilusion regularizada; en otros términos: Que el mundo y la naturaleza carecen de órden y de razon, y que solo hay razon y órden en el entendimiento humano.

Pero si, por el contrario, como todo nos induce á creerlo, el órden preside al cosmo de las inteligencias y al cosmos de los cuerpos; si el mundo intelectual y el mundo físico forman una unidad; si el conjunto de las razas siderales forma una série progresiva de séres pensadores, desde las inteligencias inferiores, salidas apenas de las envolturas de la materia, hasta las divinas potestades que pueden contemplar á Dios en su gloria y comprender sus obras mas sublimes, todo se explica y todo

se armoniza; la raza terrestre encuentra su puesto en los grados inferiores de esta vasta jerarquía, y queda establecida la unidad del plan divino. Esta teoría tiene tal vez el inconveniente de ser nueva y de herir algunas ideas antiguas inveteradas en nuestras almas y generalmente admitidas; pero de seguro no es indigna de nuestras concepciones acerca de Dios, y es digna de la majestad de la naturaleza. Tiene muchas razones en su favor; no tiene contra sí ningún argumento perentorio de ciencia ni de filosofía.

La ciencia del reino material, habla altamente en su favor. Todo marcha por gradación en el mundo del sér; la unidad admirable, que establece una solidaridad universal desde el último al primero de los organismos terrestres, desde el molusco al hombre, es una ley primordial aplicada á todo y en todas partes. La máquina del mundo marcha por el fraccionamiento de una multitud de rodajas que se reclaman y se corresponden unas á otras; lo que hace que su acción sea guiada por la Solidaridad, ó, si se quiere, por la Necesidad. Trastocado el órgano mas pequeño, turbaria la armonía general, y si alguna mano gigantesca tentase detener al Sol en su carrera, en medio de los espacios, no solamente el sistema de este astro, Tierra y planetas, sería profundamente conmovido en las condiciones fundamentales de su vida, — y en ciertos casos destruido por este solo hecho, — sino que también los sistemas siderales de que nuestro Sol no es mas que un miembro, ó sobre los cuales se ejerce su influencia atractiva, recibirían un golpe desastroso, que turbaria el sosiego imponente de los movimientos celestes. La cadencia de las estrellas, vislumbrada por Pitágoras, fué determinada por Newton; pero Newton, lo mismo que Pitágoras, se inclinó ante ella, sintiendo el peso de la solidaridad universal de las cosas.

Si al presente preguntamos á la ciencia del reino in-

telecual que es lo que piensa de nuestra teoría, tendríamos también su asentimiento. Ella nos enseñaría los destinos de nuestras almas mas allá del tiempo entre las esferas radiantes del cielo; nos diría en donde dormían estas almas antes del nacimiento de nuestros cuerpos, y acaso nos enseñara como, bajo este suelo aparente, se elaboraba nuestra terrestre existencia; ella nos descubriría, en fin, en la sucesión jerárquica de los mundos, la avenida que conduce á las regiones de la serenidad y de la tierra prometida.

Entrevista en esta luz, nuestra morada terrestre queda despojada de ese mundo extraño que nos impedía hasta ahora reconocer su puesto en medio de la obra divina, la vemos desnuda y comprendemos su misión; estando lejos del Sol de la perfección, es mas oscura que otras; es un lugar de trabajo al cual se viene á perder un poco de la ignorancia original y á elevarse un poco hácia el conocimiento; y *siendo el trabajo la ley de la vida*, es preciso que, en este universo en donde la actividad es la función de los séres, se nazca en estado de sencillez y de ignorancia; es preciso que en mundos poco adelantados se empiece por las obras elementales; que á mundos mas elevados se llegue con una suma de conocimientos adquiridos, y en fin, que la ventura á que todos aspiramos sea el premio de nuestro trabajo y el fruto de nuestra actividad. Si hay « muchas habitaciones en la casa de nuestro Padre, » no son otros tantos lechos de descanso, sino residencias donde las facultades del alma se ejercitan con toda su actividad y con una energía cada vez mas desarrollada; son regiones cuya opulencia se acrecienta por grados, y donde se aprende á conocer mejor la naturaleza de las cosas, á comprender mejor á Dios en su poderío, á adorarlo con mas perfección en su gloria y en su esplendor.

¿Cómo se hubiera podido comprender á Dios y á su

obra permaneciendo encerrados en este bajo mundo? En el fondo de la sombría caverna en que nos hallamos, decía Platon, la luz nos es desconocida y la verdad inaccesible; somos como ciegos de nacimiento hablando del sol, la ignorancia es nuestro patrimonio, y nuestros juicios acerca de la Divinidad son incompletos y llenos de errores. Platon decía la verdad. La manifestacion absoluta de Dios, cuyo estudio podria conducirnos á lo verdadero, es el conjunto del mundo, es el coro universal de los séres; pero sobre la Tierra solo conocemos individualidades aisladas, cuya relacion con el Todo nos es desconocida, y nuestro aislamiento, causa de nuestra ignorancia, es el primer principio de todas las paradojas, y de todas las dificultades que confunden á nuestra filosofía.

Juzgar de la creacion universal por la Tierra, es querer juzgar de un coro de Palestrina por una fuga ó por algunas notas escapadas al acceso de la onda musical; es querer juzgar de un cuadro de Rafael por una tinta en el pié de una *Fornarina*; es querer juzgar de la *Divina Comedia* de Dante por un grupo en uno de los Circulos del Infierno.... Repitámoslo, la analogía tiene sus límites como los demás métodos, y si sobre un fragmento de quijada la anatomía comparada puede reconstruir un esqueleto todo entero, es porque tiene en sus manos un órgano característico y de una importancia capital; pero ningun paisajista tratará de adivinar la extension y la riqueza de una pradera por la inspeccion de una brizna de yerba.

Un ignorante á quien se presentase una tragedia de Sófoeles ó de Corneille, y que, observando líneas de desigual longitud en una página, letras mayúsculas aquí, minúsculas allí, nombres interlineados, y toda la irregularidad de una página de versos cortados, censuraria á Sófoeles ó á Corneille por no haberla escrito con mas

limpieza y regularidad; este ignorante no seria mas necio que nosotros cuando nos dejamos arrastrar hácia el pesimismo por el espectáculo inexplicado de la Tierra. Si hay apariencia de irregularidad, es porque nosotros no tenemos á nuestro alcance mas que un fragmento aislado. Bajo el punto de vista del conjunto, este fragmento ocuparia su puesto y se le veria como una parte inherente á la unidad general.

No conociendo de la inmensa Naturaleza mas que á este átomo ténue sobre el que llevamos una existencia pasajera, hemos querido juzgar la obra divina bajo su doble aspecto del espacio y del tiempo, por este punto imperceptible en que estamos, semejantes en esto al que quisiese juzgar de un vasto jardín por una de las figuras parciales que constituyen el plan general, y cuya disposicion irregular, cuando se la mira aisladamente concurre sin embargo á la simetría del todo. En su conjunto y en su objeto, la creacion es divina; ante la grandeza y la unidad de su plan, las pequeñas irregularidades aparentes se hallan plenamente justificadas. Es preciso saber comprender que la Tierra con su poblacion no es mas que un individuo, que su raza no es mas que un niño que vacila y tiembla; y penetrados de esta verdad ya no nos creemos con derecho á juzgar la obra inmortal por nosotros y por lo que nos rodea. Ya lo habia dicho Goethe: «La naturaleza, escribia, es un libro que contiene revelaciones prodigiosas, inmensas, pero cuyas hojas están dispersas en Júpiter, Urano y los demás planetas.» Después de haber hecho el análisis de las cosas, importa hacer la síntesis, y elevarse á la cumbre desde donde se descubre la unidad y la armonía.

Pero acaso se objetará que esta hipótesis no explica todavia la presencia del mal entre los hombres, y que no dá razon de los defectos de esta naturaleza: pues si el mal existe sobre la Tierra, aun cuando el universo fuese

infinito en extension y en perfeccion mucho mas que nuestro mundo, no por eso dejaria de existir aquí ese mal, y no sería ménos inconciliable con la nocion del Ser Supremo.

Para resolver esta dificultad, — la única que se pueda imaginar contraria á nuestra teoria, — es preciso primero desengañarse de una idea falsa que se forma generalmente sobre las creaciones divinas. Se ha dicho y repetido que nada imperfecto puede salir de las manos de Dios, y se pretende, contra el conjunto de los testimonios de la ciencia y de la filosofia, que la perfeccion es el atributo necesario de todo cuanto engendra la fuerza creatriz. Se prefiere sostener esta proposicion enteramente gratuita, á riesgo de hacer decaer, no se sabe como, á los séres de su grandeza primitiva, ántes que admitir que en la naturaleza existe la ley del progreso, y no una ley ficticia de caducidad. De ahí resulta una contradiccion insuperable entre esos dogmas y la ciencia. La antigua Academia de los Griegos y la gran escuela de Aristóteles, han equivocado el camino por haber sentado en principio la incorruptibilidad del mundo : semejante ejemplo, á pesar de su autoridad respetable de veinte siglos, no ha servido de nada á los metafísicos de que hablamos. Hoy sucede lo mismo; y cuando la astronomía, la mecánica, la fisiología, la medicina, muestran claramente que la ley de la Naturaleza es la *perfectibilidad progresiva*, y no *perfeccion originaria*; cuando ellas demuestran un estado de imperfeccion manifiesta, lagunas y una fuerza de transformacion perpétua en la constitucion de los cuerpos y en el organismo de los séres, se insiste en sostener que todo es perfecto; y eso es sostener implicitamente que todo es estacionario y negar el movimiento, cuando todo marcha y se eleva siguiendo el oleaje ascendente de las cosas. Importa, pues, desechar esta idea falsa; es un prisma engañoso que nos alucina

y que nos presenta la sombra y la desviacion allí donde nuestros ojos buscan la luz y la verdad.

Una vez reconocido y desechado este error de nuestra manera de ver, reflexionaremos que toda criatura es esencialmente *finita* llena de limitaciones y defectos; que léjos de tener ciencia infusa, está en un estado de profunda ignorancia; que no se desarrolla sino por la experiencia, y que en sus primeros dias es susceptible de error á cada paso. Ante este estado de cosas, ¿podríamos admirarnos de que caiga algunas veces para levantarse despues, aprendiendo así á conocerse mejor? Lo que nos admiraria mucho mas sería que en su estado de sencillez y debilidad primitivas, esta inexperta criatura marchase á grandes pasos léjos de la cuna en que nació. Lo asombroso sería que la perfeccion fuese su patrimonio, y que el dón sublime de la santidad le fuese concedido, sin haberlo merecido, y aun cuando haya de perderlo inconsideradamente, no pudiendo apreciar su inestimable valor.

Hay en matemática una teoria llamada *teoria de los límites*. Esta teoria enseña y demuestra que hay ciertas dimensiones hácia las cuales se puede avanzar incesantemente sin llegar nunca á ellas : se puede aproximar indefinidamente hasta en cantidad menor que toda cantidad dada, pero alcanzarlas jamás. El que, habiéndose iniciado en la naturaleza de los *números*, tratase de probar esta teoria, profundizar su sentido íntimo, y aplicarla al conjunto del mundo, veria de súbito alzarse ante sí un anfiteatro gigantesco, cuyas gradas no tendrían fin. Este anfiteatro sería la gerarquía de los mundos; *límite* de abajo perdiendo su origen en el fondo de las gradas inferiores; el *límite* de arriba, ó la perfeccion absoluta, igualmente inaccesible, entre estos dos límites se elevarían los séres en su marcha infinita. El hombre que se hubiera entregado á esta contemplacion, decimos, pu-

diera formarse una idea aproximada de la incomprensible infinidad de la creacion.

Colocad ahora á la Tierra en las gradas inferiores de este inmenso anfiteatro, y ved si nuestras debilidades, nuestras miserias y nuestros defectos no quedan explicados ante Dios y ante su obra.

Llegaremos á esta misma concepcion de la gerarquía de los mundos, examinando los caractéres distintivos del que habitamos. Por cualquier lado que consideremos á la naturaleza, nuestra doctrina moral se fundará sobre nuestra teoría física; porque la Pluralidad de Mundos es un principio verdadero, y todo principio verdadero debe encontrarse, sea en aplicacion evidente, sea en el estado latente, en todos los modos de ser de la gran verdad de la naturaleza.

Si la Tierra fuese el único mundo habitado en el pasado, en el presente y en el porvenir; si fuese la sola naturaleza, la única residencia de la vida, la sola manifestacion de la Potencia creadora, sería incompatible con el esplendor eterno el haber formado, como obra única, un mundo inferior, miserable ó imperfecto; por consiguiente el que crea en la existencia de un solo mundo es inevitablemente arrastrado á esta conclusion monstruosa: que las divinas hipóstasis, eternamente inactivas hasta el día de la creacion terrestre, no se han manifestado mas que para la creacion de una sombra, y que toda la efusion de su poder infinito solo ha dado por resultado la produccion de un grano de polvo animado.

Si la Tierra fuese el único mundo habitado, sería un mundo completo por sí mismo, cuya unidad sería manifiesta, y que, segun la observacion de Descartes, colmaría nuestras concepciones, y no les permitiría buscar fuera de él el alimento á nuestras aspiraciones y la existencia de un estado superior al nuestro. Todos sabemos que, cualquiera que sea el grado de civilizacion que po-

damos alcanzar, no llegaremos nunca á transformar las condiciones vitales de nuestro globo; no lograremos nunca sustituir á nuestra naturaleza una naturaleza menos grosera y una organizacion mas sutil; jamás llegaremos á librarnos de las cadenas que nos sugetan fuertemente á la materia. Es cierto que la humanidad se engrandece; las nuevas generaciones traen siempre consigo un nuevo poder de entusiasmo, una nueva fuerza de accion, y nosotros saludamos con amor á la juventud que acaba de nacer, cuya mision es preparar la aurora del siglo vigésimo! Pero por mas fervientes que sean nuestras aspiraciones, por muy gratas que sean nuestras esperanzas, la historia de esta misma humanidad nos enseña que, para los pueblos, lo mismo que para los individuos, hay juventud; virilidad y decadencia: y desgraciadamente sabemos que, en una época indeterminada, esta espléndida capital del mundo donde brillamos hoy en toda la actividad de nuestro trabajo, este santuario de las ciencias en donde se elaboran las conquistas del génio, este campo de la libertad donde el hombre aprende á conocer sus derechos y á ejercer su poder individual en provecho de todos, sabemos que algun dia todos estos esplendores serán desvanecidos; que el Sena lloroso deslizará sus murmurantes aguas en la soledad, á la sombra de los sauces y entre silenciosas praderas; y que el viajero, informado de nuestra historia pasada, podrá solamente reconocer aquí y allí fragmentos de edificios elevándose sobre el suelo como huesos descarnados, algunos capiteles de columnas rotas, últimos vestigios de maravillas desaparecidas. La civilizacion habrá elegido una nueva pátria, y en la profundidad de su sueño la Francia oirá á lo léjos los ruidos del mundo y los tumultos de las tempestades humanas, recordando los lejanos días de su gloria y quizá los de su molicie y de su lujo

afeminado, causa de su decadencia y de su muerte ¹. — Esta es la historia de Babilonia la de los jardines suspendidos, de Tebas la de las siete murallas, de Ecbátana tumba de Alejandro, de Ninive donde Job profetizaba, de Cartago, rival de Roma; Roma, centro del mundo hace dos mil años, lumbrera de la cristiandad bajo Leon X, hoy asentada tristemente á orillas del Tiber, que desde largo tiempo ha arrastrado al abismo los antiguos trofeos de una era gloriosa!

Sí, lo mismo que cada individuo, tiene la humanidad ante sí los límites de su perfectibilidad, límites lejanos, así lo esperamos, pero límites que no podrá traspasar y que, cuando sean alcanzados, marcarán el primer período de la decadencia. Si nuestras facultades y nuestras fuerzas sobre la Tierra parecen ilimitadas, no sucede lo mismo con los elementos de nuestra perfectibilidad; estos están circunscritos: cuando la combustion se ha acabado, la extincion de la llama está cereana.

La historia de la Tierra depende sin contradiccion de sus condiciones de habitabilidad. La naturaleza inanimada es anterior á la naturaleza animada, y esta está sometida á la influencia de la primera. Por tanto, no será inútil examinar ahora cual es la *ley de vida* que preside á la existencia de los habitantes de nuestro globo, ley de la cual depende la perpetuidad de los séres en la superficie de la Tierra.

Confesémoslo en seguida, la ley de vida es la *ley de muerte*. Entre todos los animales que pueblan la Tierra,

1. Antes que Flammarion hubiese trazado este triste cuadro de lo que ser Paris andando los siglos, habia mucho tiempo que lo hizo el autor de una obra francesa, que el lector conocerá, intitulada: *El año dos mil cuatrocientos cuarenta*. Fingese en ella que un vecino de Paris se habia quedado dormido en un sitio oculto, y que despertando al cabo de la fecha que lleva el libro por título, se encaminó á la gran ciudad, y se asombró de no hallar mas que un pueblo pequeño, en donde no le entendian; llegando á saber por uno de aquellos habitantes, inteligente en lenguas antiguas, que la civilizacion se habia alejado de Francia para continuar en otra parte.

(N. del T.)

no hay uno solo que no viva á expensas de otros séres vivientes, animales ó vegetales; y desde los acotiledóneas ó criptógamas, las últimas y mas elementales entre las plantas, hasta el bimano, el mas elevado en la escala animal, todos los séres viven para alimentar la vida.

Las plantas, esos séres de existencia tan misteriosa todavia, en los que la observacion ansiosa de Goethe creia reconocer un alma, las plantas viven para ser comidas. Los animales que se alimentan de plantas sirven á su vez de alimento á aquellos cuya existencia no es sino una dilatada carniceria; estos tambien á otros, y así sucesivamente. Los séres animados no pueden vivir aquí sino bajo la condicion de devorarse entre sí. La severa ley malthusiana es verdadera en su principio, aunque exagerada es la expresion de los hechos que pasan á nuestro alrededor ¹. La ley de muerte es la ley de todos los séres que viven sobre la Tierra. Es nuestra propia ley. Si nos fuese posible juntar un día, hácia el fin de nuestra vida, el monton colosal de los séres que han servido para nuestro alimento, cada uno de nosotros se quedaria espantado de su número; y lo que decimos de nosotros, todo sér animado, herbívoro ó carnívoro, puede referirlo á sí, en un grado mas ó ménos grande: la ley de la vida es la ley de la muerte.

¡Ved aquí el estado de la Tierra, estado incontestable, que nadie pensará poner en duda, y al cual estamos de tal modo habituados, que nadie piensa en él!

Esta ley de muerte tiene además, un triste complemento en nuestra especie, complemento no fatal, así lo esperamos. Los hombres que ya están á la cabeza

1. Véase la ley que el economista inglés Malthus ha aplicado al hombre, como expresion de la vida terrestre. « Todo hombre que no posee el medio de mantenerse, ó cuyo trabajo no es necesario á la sociedad, está de mas en la Tierra. No hay asiento para él en el banquete de la vida; la Naturaleza le ordena marcharse, y no tarda en poner por sí mismo esta orden en ejecucion. »

del combate perpétuo que los séres vivientes se dan sobre la Tierra, han llevado todavía al extremo esta ley desastrosa volviéndola contra sí mismos; y desde el origen de las sociedades, enmedio de las civilizaciones mas avanzadas, lo mismo que en el seno de la barbarie, la Guerra, inícuca é insensata, ha llevado las riendas de las naciones humanas. — ¡Lo creereis, oh pacíficas poblaciones del espacio! el hombre ha llegado aquí á tal aberracion, que ha hecho una diosa de esta Guerra, y que la adora. ¡Sí, los habitantes de la Tierra contemplan con veneracion á ese hambriento Moloch; y por un convenio mútuo, conceden la palma de los honores y la diadema de la gloria á los mas crueles entre ellos, á aquellos cuya habilidad es mayor en la matanza! ¡Ved ahí nuestro mundo! ¡Gloria al que amontona cadáveres en las llanuras enrojecidas; gloria al que colma de ellos los fosos; gloria á aquel cuyo ardor frenético recluta mayor número de tigres alrededor de su sangrienta bandera, y hace marchar hordas de verdugos sobre el pecho lacerado de las naciones!

Este estado de cosas que nos domina, y que desde hace mucho tiempo se ha hecho necesario, porque ha sido consagrado por nuestras instituciones políticas, que tiene su origen en la razon del mas fuerte; este estado de cosas es inherente á nuestra especie, cuyas necesidades materiales son imperiosas. Las primeras tribus salvajes que el historiador encuentra á la cabeza de todas las naciones solo subsistieron, como los animales, por el derecho de eleccion natural, esto es, por la conquista de los elementos de su existencia. Antes de saber hablar, ántes de haber imaginado ningun arte, y aun de haber pensado, esas hordas tuvieron que hacer la guerra contra los animales y contra los hombres, desde el instante en que les fué preciso asegurar la propiedad de un territorio; esta guerra, tan pronto defensiva, cuyo solo

objeto era por entonces adquirir para los combatientes los medios de una vida asegurada, fundó los primeros *derechos* y los primeros poderes. Las tribus crecieron, cambiaron de territorio, inquietadas por los azotes de la naturaleza ó atraídas por el incentivo de una vida mas próspera; se sucedieron, establecieron la patria y la nacionalidad, y, léjos de relegar al olvido con las necesidades primitivas la guerra que habia nacido de ellas, nutrieron todas á ese mónstruo devorador que con la edad debia hacerse todavía mas grande y mas temible. Desde hace mucho tiempo, las naciones, llegadas á su madurez, han hecho la guerra por orgullo y por ambicion; nuestras necesidades primitivas están satisfechas; pero nuestra antigua barbarie ha quedado envenenada por los refinamientos de una ciencia odiosa. Así es que los vicios de nuestra raza tienen su origen en la organizacion misma de nuestro mundo; la naturaleza humana está solidariamente ligada á la naturaleza terrestre; si esta fuese superior á lo que es actualmente, la primera tendria igual superioridad. No dudamos en achacar á esta ley de muerte que gobierna nuestro mundo, la causa primera del vicio social de que venimos hablando. Si esta ley terrible no existiese, la humanidad hubiera estado desde el primer dia en el seno de la tranquilidad y de la dicha.

La mayor parte de los males que nos afligen hallarian su causa primitiva en el estado de inferioridad de nuestro mundo; yendo al fondo de la cuestion, se reconoce que nuestros vicios particulares así como nuestros vicios sociales no tendrian ninguna razon de ser sobre una tierra que no los provocara. Si la propiedad á lo ménos transitoria, de los elementos de nuestra existencia no nos fuese necesaria; si nuestro planeta alimentase á sus hijos sin imponerles condiciones tan rigurosas, sin obligarlos á tantos sacrificios, nadie hubiera pensado nunca en ar-